



ASESINOS BLAS RUIZ GRAU EN SERIO **2**

VIDA Y OBRA DE LOS PEORES **PSICÓPATAS** DE LA HISTORIA



ÖBERON

ASESINOS EN SERIO 2

BLAS RUIZ GRAU

OBERON

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
ALEKSANDR PICHUSHKIN, EL MANÍACO DEL MARTILLO O EL ASESINO DEL AJEDREZ	13
PEDRO ALONSO LÓPEZ, EL MONSTRUO DE LOS ANDES	23
JOSÉ ANTONIO RODRÍGUEZ VEGA, EL MATAVIEJAS	30
BELLE GUNNES	41
PETER KÜRTEŃ, EL VAMPIRO DE DÜSSELDORF	50
YOO YOUNG-CHUL	60
CAYETANO SANTOS GODINO, EL PETISO OREJUDO	66
ANATOLY ONOPRIENKO, LA BESTIA DE ZHYTOMYR	74
DENNIS ANDREW NILSEN	84
NANNIE DOSS, LA ABUELITA RISUEÑA	95
HERMAN WEBSTER MUDGETT O H. H. HOLMES	102
HENRY LEE LUCAS	112
DAVID BERKOWITZ, EL HIJO DE SAM	120
ALBERT DESALVO, EL ESTRANGULADOR DE BOSTON	129

EL ASESINO DEL BARRANCO	139
NIELS HÖGEL	151
DOROTHEA PUENTE	157
THUG BEHRAM	164
JOAQUÍN FERRÁNDIZ VENTURA	169
SAMUEL LITTLE	179
CONCLUSIONES	185
AGRADECIMIENTOS	187

ALEKSANDR PICHUSHKIN, EL MANÍACO DEL MARTILLO O EL ASESINO DEL AJEDREZ

Bueno, querido lector. Heme aquí, una vez más, dispuesto a contarte acerca de estos hombres y mujeres que, cada uno a su manera, han pasado a la historia negra mundial. Tampoco es que quiera perderme demasiado en preámbulos con palabras que solo sirvan para engrosar el libro, pero me apetecía hacer una pequeña introducción del capítulo.

Breve, lo prometo.

Y es que del primer asesino en serie del que vengo a hablar-te se ha contado mucho (no te voy a engañar, esta premisa se repite con unos cuantos de los intervinientes de este volumen), pero sobre todo en una estúpida disputa de dudoso honor: sobre quién era peor, si él o Andrei Chikatilo.

Acerca de este último te hablé largo y tendido en el anterior libro y, aunque me parece una discusión tonta, cada uno fue horripilante a su manera. Puede que el caso del carnicero de Rostov sorprenda más en cuanto al perfil de víctima elegido, pero desde luego Aleksandr no se queda atrás ya que él es el que ostenta el récord (qué mal me suena esto para referirme a la muerte de personas) por ser el asesino en serie más prolífico de Rusia.

Y una vez te he contado esto creo que es el momento de entrar en materia. Como dije en el anterior libro, si quieres que el lector no se mueva en todo el trayecto que le presentas, engánchalo con tus primeras páginas.

Creo que no he podido elegir mejor historia para que así sea. Comencemos.

Antes de entrar en qué hizo, si eres lector mío habitual (y si no, aquí te lo cuento) sabrás que siempre me gusta tratar de contar cómo fue su infancia. En muchos casos ahí se halla la raíz de en lo que después se acabaría convirtiendo (no siempre, recordemos el caso de Jeffrey Dahmer, que tuvo una infancia normal y lo que hizo no fue nimio).

Nació el 9 de abril del año 1974 en Moscú.

En sus primeros años de socialización se dice de él que fue un niño completamente normal. Risueño, abierto a los demás, jugaba con otros semejantes sin problema alguno y sin mostrar una conducta que pudiera preocupar a los que lo rodeaban. Pero, como ocurre muchas veces, un día esto se truncó.

La primera razón fue el abandono de su padre. Como también ocurre en algunos casos conocidos, este era alcohólico y la verdad es que su familia estuvo mucho mejor sin él. La parte negativa era que su madre tuvo que sacarlos adelante a él y a su hermana como buenamente pudo aunque, más o menos, no tuvo problemas para lograrlo.

La segunda razón de que todo se fuera a pique fue algo que llama mucho la atención. Y es que con tan solo cuatro años de edad, jugando, cayó de un columpio y se dio un fuerte golpe en la cabeza. Después de esto, los que lo trataban afirman que el niño dejó atrás lo que era y se acabó convirtiendo en un ser tímido, irascible y solitario. Antes de esto también decían que su capacidad de aprendizaje era la normal en un niño de su edad, pero justo con el golpe dejó de serlo. Tanto era así que su madre optó por llevarlo a un colegio especial para niños discapacitados.

¿Esta es la razón por la que acabó cometiendo esos futuros actos? No es descabellado creerlo así. Sin querer entrar yo en un charco profundo, se conocen (y están documentados) diferentes casos de personas que cambiaron su carácter tras un fuerte golpe o un accidente en los que su cabeza quedó dañada. No necesito irme demasiado lejos para ponerte un ejemplo. El caso de Patrick Nogueira (el asesino de Pioz, que fácilmente podría haber entrado en este libro como psicópata que es) es muy ilustrativo. Cuando era adolescente se dio un fuerte golpe en la cabeza que dañó su actividad neuronal en el lóbulo temporal derecho. ¿Esto fue determinante? No me voy a cansar de repetir que no, que siempre tenemos que tener en cuenta factores biológicos (daño cerebral) con sociales (bebía alcohol desde los diez años y sufría acoso en el colegio) para obtener el compuesto verdaderamente peligroso. Además, no siempre podemos esperar el golpe para que eso ocurra, de hecho es lo menos común porque la mayor parte

de las veces se nace con esa alteración cerebral y no se debe a ningún accidente. Pero esto es otro tema a tratar.

El caso es que quería contarte que ese golpe fácilmente pudo determinar ese factor biológico en Pichushkin necesario para que esa psicopatía acabara saliendo a la luz.

Volviendo al relato de su vida, en su niñez se encariñó demasiado con su abuelo. Esto no es malo, claro, de hecho es algo muy normal. Se dice que fue él el que lo enseñó a jugar al ajedrez. Lo curioso de esto es cómo esta relación lo acabaría marcando también sobremanera porque también era con él con quien daba paseos por el parque Bittsevsky (o Bitsa Park), donde acabaría cometiendo esos crímenes tan horribles.

Cuando su abuelo murió, Aleksandr entró en una profunda depresión que fue casi definitiva a la hora de echar el penúltimo ingrediente a esa peligrosa coctelera que se agitó en su cabeza. Dejó de salir y se encerró en casa, aislándose casi por completo del mundo. Y digo penúltimo porque, para intentar paliar esa tristeza en su hijo, su madre le regaló un perro. La alegría volvió a él, pero no del modo que esperaban, ya que Aleksandr regresó al parque, en el que paseaba con su abuelo y jugaba al ajedrez, para pasear al can de una forma casi obsesiva. Era preocupante, sí, pero al verlo de nuevo feliz decidieron dejarlo estar.

Mejor eso que estar todo el día encerrado en su cuarto.

Llegó el año 1992 y, con él, su primer asesinato. Sobre cómo sucedió se barajan dos teorías, cada una de ellas más preocupante. La primera cuenta que él se enamoró de una joven llamada Olga. Ambos empezaron a salir pero ella lo acabó dejando por otro chaval de su edad llamado Sergei. Fue tal el enfado de Pichushkin, que decidió ir a por él y, tras una acalorada discusión, lo acabó arrojando por una ventana.

Como te decía, la segunda es quizá más preocupante. Sobre todo porque se cree que es la verdadera. Pichushkin admiraba a Chikatilo (esto sí se sabe con seguridad) y encontró en Sergei a un amigo que compartía esa afición por el carnicero de Rostov. Por aquel entonces, Aleksandr ya bebía una cantidad diaria considerable de alcohol y, junto a su amigo, ambos se imaginaban ser como Andrei y que en un futuro los dos recrearían sus crí-

menes. Un día Aleksandr le propuso a Sergei hacerlo de verdad y, como es natural, este se asustó, ya que pensaba que no pasarían de las fantasías mentales. Pichushkin se puso como loco y, tras una discusión, lo acabó arrojando por la ventana.

Como ves, querido lector, el resultado es el mismo pero el cómo llegó a suceder es lo que cambia. El caso es que ahí mató por primera vez.

La parte positiva, por decirlo de algún modo, es que no sintió la compulsión de volver a hacerlo de manera inmediata. Al contrario, él seguía muy feliz con sus paseos con el perro por el parque, como si no hubiera sucedido nada. Lo malo es que un día eso se fue al traste con la muerte del animal.

Y aquí sí que fue cuando la bestia se vio desatada.

Para contar la historia acerca de lo que hizo, creo que sería mejor empezarla sobre cómo comenzaron a saber de él. Lo que te cuento inicialmente no son sus primeras muertes, pero creo que este relato queda mejor contado así.

El sábado 15 de octubre del año 2005, unos paseantes encontraron el cuerpo sin vida de un hombre en el citado parque Bitsa, al sur de Moscú. El hecho en sí ya era bastante alarmante, pero si a eso le añadimos que tenía la cabeza reventada (con trozos de masa encefálica desparramados por el suelo) y, para más inri, con una botella de vodka clavada en ella, el asunto se volvía un tanto más grotesco.

A pesar de lo aparatoso de la muerte, se pensó que podría ser producto de una pelea y le dieron la importancia justa a este hecho.

Mal, muy mal.

El problema vino cuando un mes después apareció el cuerpo de otro hombre en circunstancias similares. Por suerte no fue de esas veces en las que se empeñaban en decir que aquí no pasa nada (como cuando Chikatilo, que les costó horrores reconocer que tenían a un asesino en serie entre ellos) y se tomaron el asunto con seriedad. A pesar de ello, no pudieron evitar que dos nuevas muertes llegaran en apenas tres semanas. La cosa se complicó sobremanera cuando en Navidad ya tenían siete víctimas. No había duda de que todas eran del mismo autor, ya que las siete pre-

sentaban fuertes traumatismos en la cabeza y en todos los casos tenían una botella de vodka o un palo incrustados. Quizá lo más curioso del asunto era que ninguna de ellas fue ocultada para no ser encontrada. Era como si a la persona que había cometido los crímenes no le importara que fueran descubiertos.

¿Por qué? Esto se explica luego.

El equipo de élite de la Unidad de Homicidios de la Policía de Moscú intervino en febrero de 2006. El encargado de la investigación fue Andrei Suprunenko. Le escamaba bastante que no dudara en dejar los cuerpos a la vista, pero también que nunca encontraran en ellos un solo indicio que los acercara un poco más al autor de esa barbarie. Esto le demostró que el asesino sabía lo que se hacía y que, muy probablemente, disfrutaba con lo que estaba haciendo al mostrarlo sin ningún tipo de remordimiento.

Y esto hacía mucho más peligroso al tipo en cuestión.

Los cadáveres siguieron llegando y la ciudad de Moscú comenzaba a tener miedo. Como es lógico, la prensa no tardó en hacerse eco y esto solo trajo pánico entre los moscovitas ya que no parecían tener un perfil definido de víctimas, tan solo hombres solitarios y, de algún modo, vulnerables. Cualquiera podría ser el siguiente. Se le empezó a conocer como el maníaco de Bitsa.

Los investigadores seguían perdidos. Intentando aportar un poco de luz pidieron ayuda al profesor Vladimir Voronstov, un forense con una dilatada experiencia que quizá encontrara cómo encajar las piezas de tan complejo puzle. Por desgracia el médico no aportó demasiado, pero sí relató que pensaba que mataba a sus víctimas con un martillo para después acabar clavándoles la botella de vodka en la cabeza.

Dada su forma de actuar, las investigaciones se acabaron centrando en un sanatorio mental que había cerca del parque, ya que una de sus máximas pesquisas era que el atacante podría vivir cerca de Bitsa. Una vez allí averiguaron que algunos pacientes tenían permiso para salir de vez en cuando de la institución, incluso durante un día entero, pero las sospechas no recaeron sobre nadie en concreto ya que no conseguían establecer una relación clara entre los permisos otorgados y las posibles datas de las muertes.

Otro punto muerto.

La desesperación los llevó a poner a doscientos agentes para realizar interrogatorios sobre el terreno. A toda persona con la que se encontraban dentro del parque la detenían para hacerle unas preguntas con la esperanza de que les tocara la lotería de repente.

Y casi les tocó.

En uno de esos interrogatorios pararon a una mujer. Al preguntarle por los crímenes, de pronto, echó a correr. Los agentes comenzaron una persecución y lograron atraparla. La primera sorpresa vino al comprobar que no era una mujer, sino un hombre travestido. La segunda, la verdaderamente inquietante, que dentro del bolso que portaba con ella, llevaba un martillo.

Evidentemente se pensó que, sin ninguna duda, se trataba del hombre que había sembrado el caos dentro del parque, pero cuando se le empezó a interrogar se dieron cuenta de que tenía una coartada para todos los crímenes. Como es lógico la comprobaron y, para su mala suerte, era cierta.

No era el asesino.

Una semana después apareció un nuevo cadáver.

El desánimo y la presión fueron en aumento, aunque la policía trató de contrarrestarlo añadiendo todavía más agentes a la investigación.

Hasta entonces solo había matado a hombres y, de pronto, cambió por completo lo poco que tenía definido como perfil de víctima, ya que fue a por las mujeres. La primera la mató en abril de 2006. La siguiente, dos meses después. Con esta ya llevaba catorce víctimas (que se supiera). No todo fue malo, ya que esa lotería que no les tocó (un pellizquito en un primer momento, no mucho) cuando detuvieron al hombre vestido de mujer les premió en esta ocasión. Y es que esa decimocuarta víctima tenía en el bolsillo de su chaqueta un billete de metro. No es que fuera gran cosa, pero al menos pudieron revisar las cámaras con la esperanza de verla con alguien. Aunque no hubo suerte.

Pasaron dos días y el hijo de esta víctima se puso en contacto con los investigadores. Les contó que la última vez que tuvo comunicación con su madre fue a través de una nota manuscrita que esta le dejó. En ella le decía que iba a dar un paseo con su novio (el cual él no conocía) de nombre Sasha. La verdadera suerte fue que dejó un número de teléfono de ese tal Sasha.

Por fin tenían algo.

Comprobaron el número y vieron que pertenecía a Aleksandr (Sasha es su diminutivo) Pichushkin, un tipo que, además, trabajaba con ella en un supermercado de la zona (también cercano al parque Bitsa).

Demasiadas casualidades.

Teniendo estos datos lo volvieron a intentar con el vídeo y, esta vez sí, vieron a la mujer acompañada de Aleksandr. Con esta prueba decidieron ir a por él.

Entre las diez y las once de la noche del 16 de junio del año 2006, Aleksandr Pichushkin fue detenido.

En un principio, cuando comenzaron los interrogatorios, él negó todo acerca de lo que le preguntaban de este asesinato. Aunque, a decir verdad, no tardó demasiado en acabar confesando. Primero lo hizo acerca de esta muerte, más tarde lo hizo de todas las demás.

Las sorpresas no acabaron ya que, para estupefacción de todos, confesó que había matado a sesenta y una personas. Evidentemente, en un primer momento no dieron crédito a semejante relato, pero él no dejó de insistir en que era cierto y que, de ese número que había dado, sesenta de ellas habían ocurrido en el parque Bitsa. Dijo, además, que había estado matando durante catorce años.

En un principio ya te he contado que no lo creyeron, pero la cosa cambió tras el registro de su vivienda. No es que encontraran pruebas irrefutables, pero sí hallaron el objeto que acabó dándole el sobrenombre con el que hoy se le conoce: un tablero de ajedrez que tenía un número pegado encima de cada una de sus casillas. Bueno, en realidad había tres sin señalar ya que esas eran las muertes «que le faltaban» para completar su macabro plan.

Su intención, como habrás deducido, era cometer un asesinato por cada una de esas casillas.

Lo malo es que esto no servía como probatorio, así que tocaba demostrar esa confesión.

El método escogido por los investigadores ya se había realizado en otros países, con mejor o peor resultado (por ejemplo, aquí en España se hizo con el arropiero), y no era otro que revivir todos esos crímenes llevando al asesino al escenario.

Bueno, precisando un poco más, lo primero que hizo fue empezar a escupir nombres. Y, claro, al comprobarlos, vieron que de verdad se trataba de personas desaparecidas.

Una vez comenzaron a revivir los crímenes junto a él, comprobaron dos cosas que ponían los pelos de punta (más, si cabía). Una de ellas era la precisión con la que lo contaba todo. Demostró tener memoria fotográfica dando todo lujo de detalles de cómo y qué decía cada una de sus víctimas en el momento del abordaje.

La segunda, la que más escalofríos producía, era el cómo lo contaba todo. Según relataron los investigadores que estuvieron con él (lo contaron luego en diferentes entrevistas en televisión), Aleksandr sentía verdadero placer al revivir los detalles de cómo les arrebatava la vida. Entre sus múltiples frases célebres, cabe destacar algunas afirmaciones en las que dijo sentirse un dios al tiempo que los mataba o, quizá la más estrambótica, un padre que lo único que quería era protegerlos y abrirles la puerta a un nuevo mundo. También comparó su primer asesinato con un primer amor, aduciendo que ninguno de los dos se podía olvidar nunca.

Casi nada.

En el parque donde sucedió todo ofreció a sus captores más de cuarenta horas de confesión.

Incluso les llegó a descubrir un cadáver del que todavía no sabían nada. Sería su decimoquinta víctima demostrada, aunque él seguía erre que erre con que en su haber tenía sesenta y una.

La policía siguió con sus investigaciones. Revisando casos anteriores se toparon con el de una mujer que dijo haber sido agredida por un tal Aleksandr Pichushkin, un tipo al que había conocido en el metro. Relató que él había empleado todo su en-

canto para que ella se sintiera a gusto a su lado y así habérsela llevado a su terreno. La excusa para que lo siguiera fue que él tenía unas cámaras en venta de contrabando, y que le dejaría una a un muy buen precio. La mujer cedió y lo acompañó al parque. Él se detuvo cerca de una alcantarilla y le dijo que ahí era donde tenía las cámaras, que se agachara y se asomara para verlas. Confiada, le hizo caso y Aleksandr aprovechó esto para empujarla dentro. La pobre tardó más de veinte horas en poder salir de ahí. En esos momentos estaba embarazada. Cuando fue a contar lo sucedido, la trataron como a una loca y no le hicieron caso alguno. Como ocurre en muchas ocasiones con otros asesinos en serie, tuvieron la oportunidad de haberse echado sobre él y no lo hicieron por no dar crédito a un testimonio. Se habrían evitado unas cuantas muertes así.

Con esto ya no se podía hacer nada, pero este relato sirvió para saber acerca de esa alcantarilla, la cual no dudaron en revisar a fondo. En ella hallaron el horror: una cantidad ingente de cadáveres que demostraba que Pichushkin decía la verdad. Incluso llegó a arrojar a esa alcantarilla a un niño de nueve años.

Los psicólogos y psiquiatras se rifaban el poder tener una entrevista con él. Necesitaban entender qué pasaba por su cabeza para haber cometido semejantes actos. Algunos consiguieron entrevistarlo y establecieron que era un ser infeliz en su vida privada. Era solitario y, aunque intentó tener pareja en varias ocasiones, en todas había fracasado. En su manera de actuar determinaron que era una persona sádica y muy agresiva. Solo lograba la satisfacción sexual a través de sus actos. A la hora de conseguir sus objetivos se convertía en un hombre camelador y capaz de llevarte por donde él quería.

Lo que viene siendo un psicópata de manual.

Se sabe que sus primeros asesinatos los cometió empujando a sus víctimas a esa alcantarilla, pero con el tiempo necesitó cambiar su método y fue ahí cuando usó el martillo y la botella de vodka. Antes te he dicho que te daría una explicación de por qué hacía esto y, sobre todo, de por qué no ocultaba los cuerpos como cuando los arrojaba al agujero. Siento que la explicación sea tan lógica como manida, pero no es otra que por puro ego.

Así es. Él mataba y al principio sentía la satisfacción propia que solo ese acto podía proporcionarle, pero al tiempo comenzó a notar que le faltaba algo, así que no dudó en dejar que su ego tomara parte activa del ritual y comenzó a dejar los cuerpos al descubierto para experimentarlo así. Sí, lo sé, esto es el padre nuestro de casi todo asesino en serie, pero es que este elemento de su personalidad es más fuerte que cualquier otro factor. Disfrutaba cuando hablaban de él. Quería público.

Necesitaba ese público.

De hecho, durante el juicio no dudó en mostrar su disfrute al relatar sus actos, igual que en el parque. Reconoció arrepentirse de haberse dejado atrapar porque todavía no había concluido su obra.

Escalofriante.

Se intentó varias veces alegar que no estaba en sus cabales, pero, por suerte, el juez desestimó esto al reconocer que era consciente de todos sus actos. El jurado fue unánime: culpable. Se le condenó a cadena perpetua y se determinó que los primeros quince años de su condena los pasaría en una celda incomunicado.

Muchos no quedaron contentos con esta sentencia, pues maldecían que la pena de muerte hubiera sido anulada en Rusia once años antes. Decían que este monstruo no merecía la vida.

Como ves, querido lector, empezamos fuerte, muy fuerte. Mi promesa es que esto no va a decaer. Al contrario. Creo que me darás la razón con el siguiente caso.

PEDRO ALONSO LÓPEZ, EL MONSTRUO DE LOS ANDES

Con Pedro Alonso López volvemos a la misma cantinela de siempre: ¿estamos frente al mayor asesino en serie de toda la historia?

No lo sé.

Vaya respuesta, ¿no? Pues sí, es mala e imprecisa, pero es que de verdad no lo sé. Es un debate eterno del cual dudo que haya una respuesta concreta y satisfactoria por partes iguales. ¿Fue él? ¿Fue Harold Shipman? ¿Fue Catherina Swanenburg? Imposible de contestar. Solo ellos saben en realidad cuál es su siniestro conteo y, unos por puro ego, otros porque hace muchos años que murieron, no nos lo van a contar con precisión. Así que es un juego en el que creo que no debemos entrar.

Sobre Pedro Alonso se ha hablado mucho, demasiado. Evidentemente con el nefasto rastro de muerte que dejó no es descabellado que muchos lo consideren como el más prolífico asesino en serie de la historia, no es para menos, pero yo solo me quiero centrar en contarte su historia. Todo lo demás, en realidad, no lo creo importante.

Así que vamos a ello.

Pedro Alonso López ya vino al mundo en no muy buenas circunstancias. Lo hizo en Tolima, Colombia, el 8 de octubre del año 1948. Fue el séptimo de trece hermanos y ya antes de nacer perdió a su padre de una forma bastante trágica: asesinado. Su madre, tratando de alimentar a tanta boca no vio otra salida que dedicarse a la prostitución. Su infancia estuvo marcada por la violencia, ya que ella no dudaba en responder a golpes frente a cualquier situación que se le planteaba. No solo eso, ya que las vejaciones a todos sus hijos eran constantes, con situaciones tan crueles como meterles la cabeza bajo el agua durante unos segundos o dejarlos atados en árboles para que aprendieran. Esto, añadido a que ella no se cortaba en llevar a los clientes a casa para realizar su trabajo, trajo consigo una serie de traumas que acabarían manifestándose a medida que iba creciendo.

Su despertar sexual, dada la situación en el hogar, fue muy temprano. Ya a muy corta edad era un masturbador compulsivo y mostraba un manifiesto interés por sus hermanas. Tanto era así que a los nueve años su madre lo descubrió tratando de tener sexo con una de sus hermanas menores. Ella no dudó en echarlo de casa a pesar de que solo era un niño. Él no se amedrentó frente a esto y pronto aprendió a sobrevivir en las calles de Bogotá, aunque, a decir verdad, no le fue demasiado bien ya que abusaron sexualmente en repetidas ocasiones de él.

Creo que está de más afirmar que estos pudieron ser los factores sociales que forjaron su comportamiento años después.

Estuvo vagando y sobreviviendo hasta que cumplió los dieciocho años. Con esta edad fue pillado robando y lo enviaron a prisión. Allí las vejaciones no cesaron. De hecho, fue violado por tres presos, pero a diferencia de las otras veces, algo despertó en su interior ya que acabó vengándose de ellos. ¿Cómo? Fabricó un cuchillo que utilizó una noche para rebanarles el cuello. Los mató a los tres.

Su condena por robo no era demasiado extensa, pero, evidentemente, tras esto se vio aumentada.

Salió de prisión en el año 1978 y, hartado de las calles de Colombia, decidió que lo mejor era probar suerte en otro país, así que marchó hacia Perú.

Una vez allí, quizá por haber catado la sangre en prisión, comenzó a dar rienda suelta a su psicopatía. Su cabeza, dada la infancia que vivió, tenía fijo un objetivo: las niñas menores de edad. En principio (porque lo contó él años después sin ningún pudor) su intención era solo violarlas, pero las acabó matando ya que así no podrían delatarlo.

Esto, por desgracia, se ha visto en demasiados violadores en serie que acabaron convirtiéndose en asesinos. Y, de hecho, lo comprobaremos en más de un capítulo de este libro.

Su método era tan simple como efectivo: se hacía pasar por un vendedor de caramelos para conseguir llevarlas a su terreno. Como lector te puede parecer algo tan obvio que quizá no entiendas cómo lograba convencer a niñas ya no tan pequeñas para que lo acompañaran, pero es que aquí entraba ese poder

embaucador que tienen este tipo de personas. Ya no es que lo dijieran de él otros que lo conocieron, es que hay unas cuantas entrevistas en internet que confirman su labia y que lo muestran como a alguien capaz de vender un frigorífico a un esquimal. Y ahí es cuando se vuelven verdaderamente peligrosos. Además, siempre se ha dicho que nunca hay que juzgar a nadie por su aspecto, pero es que en el caso de Pedro, su imagen es la más alejada que uno se pueda imaginar de un asesino en serie metódico y con una inteligencia práctica (ojo a esto, porque es muy importante saber qué tipo de inteligencia es esta, ya que es la que permite cometer semejantes actos sin ser descubierto a pesar, quizá, de que no supiera ni escribir su nombre y apellidos) tan evidente. Y es que, hablando mal y pronto: Pedro tiene la imagen de una persona zafia y con una inteligencia nula. Y esto, todavía, lo hace mucho más peligroso, ya que no lo ves venir.

En Perú estuvo actuando a sus anchas. Abusaba y asesinaba a menores de tribus locales, hasta que un día (por suerte) alguien lo sorprendió intentando camelarse a una niña de nueve años. Esto hizo que la gente de esa tribu se echara encima de él. Lo estuvieron torturando durante horas, desnudo y atado a una silla. La solución final sería enterrarlo vivo, pero al mismo tiempo él tuvo la suerte de que un misionero estadounidense pasara por allí y lo salvara de todo aquello alegando que el asesinato por parte de ellos era algo que Dios no perdonaría. Los convenció para que lo entregaran a las autoridades locales. ¿Qué problema hubo ahí?

Pues que esas mismas autoridades decidieron no investigar los actos de Pedro considerando que no merecía la pena al tratarse de tribus pequeñas y pensaron que lo mejor era deportarlo a Ecuador.

Lo cierto es que lo lógico sería pensar que Pedro, después de haber estado a punto de morir a manos de la tribu y, además, también a punto de ir a la cárcel cuando fue entregado a las autoridades, aprendería la lección. Pero nada más lejos de la realidad, ya que no olvidemos que un psicópata no deja de serlo mientras viva, así que una vez en el nuevo país, muchas niñas menores de edad comenzaron a desaparecer.

Las primeras hipótesis de los investigadores se centraban en que, con toda seguridad, una mafia de trata de personas estaría de por medio. Pedro, aprovechó esto y siguió con su particular reinado del horror hasta que llegó el mes de abril del año 1980.

Unas lluvias torrenciales trajeron consigo una riada que acabó desenterrando los cuerpos de cuatro niñas menores de edad. Cuando las autoridades comprobaron que alguien se había tomado las molestias de ocultarlos a los ojos de todo el mundo, fue cuando comprendieron que ahí había algo más que una mafia dedicada a vender esclavas sexuales a países más desarrollados. Tenían a un asesino en serie.

Que fueran tras él puso nervioso, sin duda, a Pedro, que cometió un error que lo llevó a ser detenido. En un mercado local intentó convencer a una niña de doce años para que se fuera con él. La niña iba acompañada de su madre, pero esto no le importó a Pedro, que al parecer no podía controlar su impulso por llevársela. Así que no dudó en agarrarla en brazos y echar a correr. La madre, muy asustada por lo que sucedía comenzó a gritar amargamente a lo que los vecinos respondieron de inmediato echando a correr tras Pedro. No tardaron demasiado en alcanzarlo. Por suerte, no pudo hacer nada a la niña.

Entregaron al monstruo de los Andes a la policía. Una vez en sus dependencias, al principio, se cerró en banda negando todos los hechos, incluso por los que había sido pillado infraganti. Para conseguir que declarase, la policía usó la táctica (empleada en otras ocasiones) de llevarle un sacerdote a su celda para que charlara con él. Con la excusa de confesar sus pecados a Dios, Pedro empezó a relatar todas sus fechorías sin filtro alguno. De hecho, llegó a decir que había violado y matado a más de trescientas niñas y adolescentes repartidas entre los países de Ecuador, Colombia y Perú.

El cura pidió pronto que lo sacaran de la celda y, horrorizado, se marchó de allí sin volver a querer saber nada del caso.

Evidentemente no bastaba con su confesión, había que corroborar lo que él decía, así que en Ecuador fueron directos a uno de los lugares que él mismo señaló en el cual decía que enterraba a sus víctimas.

Hallaron cincuenta y tres cadáveres.

Entre sus desvaríos contaba que se consideraba un justiciero. Uno que prefería verlas muertas a dejarlas sufrir en un mundo tan cruel. Según su versión (que por cierto, cambiaba cada dos por tres), lo hacía por piedad y no porque disfrutara con ello.

Por su forma de hablar y contar lo sucedido, la policía lo consideró un loco. Algunos de los psiquiatras que lo trataron pensaron que no iban del todo desencaminados ya que rozaba la esquizofrenia. Se basaban en que él decía que una persona lo acompañaba de un lugar a otro y que en verdad era esta la que le decía qué y cómo tenía que hacerlo. Uno de los hechos más inquietantes es que encontraron una libreta donde tenía anotaciones en las que afirmaba que su supuesto compañero le daba ubicaciones en las cuales había cuerpos enterrados (que, según él, no había matado) y que lo único que quería era poder investigar un poco mejor.

Otros, sin embargo, consideraron que todo esto no era más que una vaga excusa de alguien que sabía muy bien lo que hacía. Como prueba se basaban en entrevistas concedidas (no solo a ellos, sino también a televisiones) donde hablaba siempre sonriente, con un ego desmedido y sin rastro alguno de arrepentimiento.

En esas mismas entrevistas se le puede ver decir que no era culpa suya haber cometido estos actos. Al menos no del todo, ya que rápidamente repetía esta frase: «una parte puede ser culpable como otra inocente». Pero en su parte de culpa insiste en que fue infundado, que él no quería y que en verdad tan solo era un justiciero.

Cuando llegó el juicio, el magistrado que lo presidió decidió escuchar a las corrientes que afirmaban que era imputable al ser plenamente consciente de sus actos. A pesar de ello solo fue condenado a dieciséis años de cárcel (el máximo permitido en el país). En el juicio también se habló mucho acerca de su *modus*, que no era otro que violar y después estrangular sin dejar de mirarlas a los ojos y, además, se aseveró en varias ocasiones que era una persona que obtenía el placer sexual mediante la agónica muerte de sus víctimas.

En la cárcel fue un preso modelo. Primero estuvo en la prisión de Ambato, que fue el lugar en el que fue capturado, para después ser trasladado al Penal García Moreno. Una vez allí residió en el pabellón B, destinado a asesinos y violadores. Dentro de ese pabellón apenas se relacionaba con nadie. Pasó todo ese tiempo escribiendo en su diario y fumando bazuco (que es algo así como residuos de cocaína). Se portó tan bien, que no llegó ni a cumplir la pobre pena impuesta. Salió a los catorce años.

La gente de Ecuador, indignadísima por esto, se echó a la calle para pedir un cambio de ley que permitiera que no sucedieran estas cosas. Era inconcebible que un monstruo como Pedro Alonso López quedara en libertad después de hacer lo que había hecho. Las autoridades reaccionaron con rapidez y, aunque no cambiaron dicha ley, al menos sí lo pudieron apresar por ser un extranjero en situación irregular en el país. Y con esa excusa lo mandaron de vuelta a su Colombia natal.

Era un poco así como: «que se apañen ellos con él» al tiempo que miraban para otro lado.

Allí siguió con su suerte con las condenas. Tocaba rendir cuentas en este país, pero no lo hizo al considerar al juez en este caso que no era imputable debido a su supuesta esquizofrenia.

Así que lo mandó a un sanatorio mental.

Salió en 1998 al considerársele sano, pagando una fianza de tan solo cincuenta dólares. Justo después de salir fue a visitar a su madre. Él había jurado en más de una ocasión que acabaría con su vida nada más tenerla enfrente, pero por suerte no fue así ya que ella relata que simplemente le dijo que se pusiera de rodillas para bendecirla y, al mismo tiempo, pedirle dinero. Pero al menos no cumplió esa macabra promesa. Es en este momento cuando le perdemos la pista a Pedro. Qué fue de él no se sabe. Puede que incluso nunca se sepa, pero nada más salir del hospital psiquiátrico era como si la tierra se lo hubiera tragado. Evidentemente, como con todo, hay diferentes teorías al respecto. La primera dice que un grupo de vecinos lo apresó y se tomó la justicia por su mano. Entre esos vecinos se encontraban familiares de las niñas a las que Pedro Alonso quitó la vida.

La segunda, la más aceptada, cuenta que fue él el que decidió desaparecer de la faz de la tierra justamente para que esto que te he contado antes no sucediera. Se cree que podría ser así porque las autoridades colombianas pusieron una orden de búsqueda y captura del criminal al relacionarlo con un nuevo asesinato de una menor. Podría ser que su camino sangriento todavía siguiera en activo pues es básico recordar que un psicópata nunca deja de serlo ya que estos seres sienten una compulsión por saciar su deseo irrefrenable. El problema es que hubiese aprendido de sus errores, como se ha visto en otros criminales de su magnitud, que en algún momento de su vida fueron apresados, y que sintieron la necesidad de cambiar su modo de actuación para no volver a las manos de las autoridades.

Pero, ya digo, todo esto es hablar por hablar ya que lo único certero es que su nombre lleva muchos años sin sonar al no tener nadie ni idea de lo que fue de él.

Como verás, lector, estos dos primeros capítulos han sido fuertes y bastante duros. El siguiente no se va a quedar atrás y ya te anticipo que, para mí, es un tanto especial. ¿La razón? Ya conté algunas cosas sobre él en mi libro editado también con Oberon: ¡Que nadie toque nada!; pero ahora me apetecía ahondar mucho más en la vida de este personaje pues sentía que todavía me quedaba mucho por relatar.

Y no me he equivocado.

¿Quién es?

Pasa la página y descúbrela.